

¿Quiénes son los focolares?

por **José María Poirier**

En el marco de la posguerra mundial, Chiara Lubich y sus compañeras comenzaron una aventura espiritual que se nutre en las fuentes evangélicas del catolicismo y se acerca a los pobres, a los humildes y a las víctimas. La Orden de María, tal su nombre oficial, que practica el diálogo ecuménico y ofrece propuestas concretas de desarrollo social, se propone construir con las demás personas de buena voluntad, una sociedad más humana y próxima al Evangelio.

Durante los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial que castigaban, entre otras ciudades, a Trento, en el Norte de Italia, no lejos de Austria, un grupo de jóvenes amigas comenzaron a leer el Evangelio en los precarios refugios antiaéreos. Allí se encontraban a diario una joven de apenas 20 años, Chiara Lubich y sus primeras compañeras de "aventura", como ella misma referirá después. Se trataba, en realidad, de una aventura enamorada y dramática, porque en medio del horror que amenazaba sus vidas dieron con un descubrimiento que iluminó para siempre sus existencias: Dios nos ama, él es el amor más allá del dolor y de la muerte, el ideal que no pasa. Y su primer y principal mandamiento: que nos amemos recíprocamente como él nos ama. Así comenzó la historia de lo que después tomaría el nombre de Focolares.

En italiano *focolare* es el hogar, el fuego del hogar que calienta durante el invierno la casa. Y dado que esta naciente comunidad, pasada la guerra, acostumbraba reunirse en casas de familia, fue conocido así, por sus encuentros familiares donde gente de diferente edad y condición meditaba



Marianópolis. La ciudad dedicada a la Virgen María es un sitio de oración, encuentros y meditación muy concurrido.

las *Escrituras*, compartía sus testimonios de vida y también sus bienes, a imitación de las primeras comunidades cristianas.

¿Cuál era su descubrimiento? Que la presencia de Jesús, según la promesa evangélica, es espiritualmente real cuando dos o más se reúnen en su nombre, tal como afirma Mateo en el capítulo 18 de su evangelio, versículo 20. Las jóvenes de marras se comprometieron, entonces, a merecerla lo más posible, a través de la mutua caridad, porque esa presencia las inundaba de paz, de sentido existencial y de entrega por los demás. Comenzaron a hablar de "Jesús en medio" para describir el milagro de esa presencia. Sus primeros prójimos para poner en práctica ese camino eran los pobres, los más necesitados, los humillados y las víctimas de la guerra. La otra cara de esa medalla la conformaba un misterio: la alquimia del dolor convertido en amor. Lo interpretaron a partir del grito desgarrador de Cristo en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". Esa exclamación, que los evangelistas Marcos y Mateo refieren en lengua aramea, recita el salmo 22 y expresa la extrema desolación del nazareno antes de morir. Ese misterio apenas entrevisto al principio, pero intuido como clave de lectura y de vida, fue denominado "Jesús abandonado".

En esos puntos se centraron los dos pilares de una nueva espiritualidad, la de la unidad. Porque la unidad, por encima de toda división y prejuicio, constituye el testamento de Jesús, referido por Juan en el capítulo 17 de su evangelio: "Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros para que el mundo crea que tú me enviaste". Pero, ¿cómo alcanzar la unidad?

Los diálogos

Desde la perspectiva de la unidad como el gran mensaje evangélico surgen los diálogos como camino hacia ella: la unidad entre los miembros de la Iglesia por encima de cualquier distinción de espiritualidad o vocación, la unidad entre miembros de diferentes Iglesias cristianas y comunidades eclesiales (ecumenismo), la unidad entre diferentes tradiciones religiosas (diálogo interreligioso), la unidad con todos los hombres, independientemente de sus ideas religiosas, de su fe o no fe.

La misma Chiara Lubich llegó a hablar de su carisma mariano (el Movimiento recibe el nombre oficial de "Obra de

María") y de la santidad al alcance de todos, de una "santidad colectiva", y lo hizo a la manera en que se expresó el líder por los derechos de los ciudadanos negros en los Estados Unidos, Martin Luther King, cuando afirmó "I Have a Dream" (Yo tengo un sueño). En efecto, en diciembre de 1999, escribía Chiara: "Sueño, para nuestra Iglesia, un clima más conforme a ella como esposa de Cristo; una Iglesia que se presente al mundo más bella, más una, más santa, más carismática, más identificada con su modelo, María, por lo tanto, mariana, más dinámica, más familiar, más íntima, más configurada con Cristo. La sueño como faro para la humanidad. Sueño en ella una santidad de pueblo, nunca vista antes. Sueño que el despertar – que hoy se comprueba – en la conciencia de millones de personas, de una fraternidad vivida, cada vez más amplia en la tierra, se transforme mañana, con los años del 2000, en una realidad general, universal. Sueño por ello, que desaparecerán las guerras, las luchas, el hambre, los miles de males del mundo. Sueño un diálogo de amor cada vez más intenso entre las Iglesias, que nos permita ver más cercana la composición de la única Iglesia. Sueño que se torna más profundo, vivo y activo el diálogo entre las personas de las más variadas religiones vinculadas entre ellas por el amor, 'regla de oro' presente en todos los libros sagrados. Sueño con un acercamiento y enriquecimiento recíproco entre las varias culturas en el mundo, que dé origen a una cultura mundial que ponga en primer plano los valores que siempre fueron la verdadera riqueza de cada pueblo y que se impongan como sabiduría global. Sueño que el Espíritu Santo continúe invadiendo las Iglesias y potencie las 'semillas del Verbo' más allá de sus fronteras, para que el mundo sea invadido por las continuas novedades de luz, de vida, de obras que sólo él sabe generar. Para que hombres y mujeres cada vez más numerosos emprendan caminos rectos, converjan en su Creador, predispongan almas y corazones a su servicio. Sueño relaciones evangélicas no sólo interpersonales, sino entre grupos, movimientos, asociaciones religiosas y laicas, entre los pueblos, entre los Estados, de modo que sea lógico amar la patria de los demás como la propia. Y sea lógico tender a una comunión de bienes universal, por lo menos como punto de llegada. Sueño un mundo... Sueño, por lo tanto, un anticipo de cielos nuevos y una tierra nueva tal como es posible aquí. Sueño mucho, pero tenemos un milenio para verlo realizado".

Difusión en el mundo

Una de las sorpresas que maravilló incluso a los primeros iniciadores de este Movimiento eclesial y social fue su rápida e inesperada difusión por los cinco continentes.

El diálogo ecuménico fue clave en países como Alemania, Gran Bretaña o los Estados Unidos. Su propuesta de desarrollo social se extendió por muchas naciones africanas. Su diálogo interreligioso cobró vigencia en Asia y Medio Oriente, sus propuestas de justicia social y por una "economía de comunión" en América Latina.

Además de las comunidades de laicos consagrados, tanto de mujeres como varones, que viven en casas o departamentos en medio de la sociedad, hay numerosos grupos de familias, jóvenes, profesionales y obreros, comerciantes y docentes, políticos e intelectuales, sacerdotes, religiosas e incluso obispos que siguen esta corriente espiritual.

Son particularmente significativas algunas experiencias como la ciudadela africana de Fontem, en Camerún, donde se han construido escuelas, un hospital y varias industrias en medio de una tribu, tratando de preservar sus valores culturales, en el respeto de sus tradiciones religiosas y ayudando a una integración en la globalización. O la de Ottmaring, en Alemania, de marcado tinte ecuménico. Hoy participan en el Movimiento de los focolares miles y miles de personas, de los más diversos países y etnias, culturas y religiones.

Chiara Lubich realizó tres viajes a la Argentina. El último en 1998, cuando fue distinguida con un doctorado *honoris causa* en la Universidad de Buenos Aires y fue declarada visitante ilustre de la ciudad de Buenos Aires. El Luna Park fue el escenario de un multitudinario encuentro con representantes de varios países sudamericanos.

Entre 1997 y 1998 se abrieron nuevas perspectivas en el diálogo interreligioso: Chiara Lubich fue invitada a hablar de su experiencia interior en Tailandia a 800 monjes y monjas budistas; en Nueva York a 3.000 musulmanes negros en la mezquita de Harlem, y a la comunidad judía de Buenos Aires.

Dos de las iniciativas del Movimiento más conocidas en nuestro país son la Mariápolis de O'Higgins, en la provincia de Buenos Aires, a mitad de camino entre Chacabuco y Junín, donde conviven por un período de formación jóve-

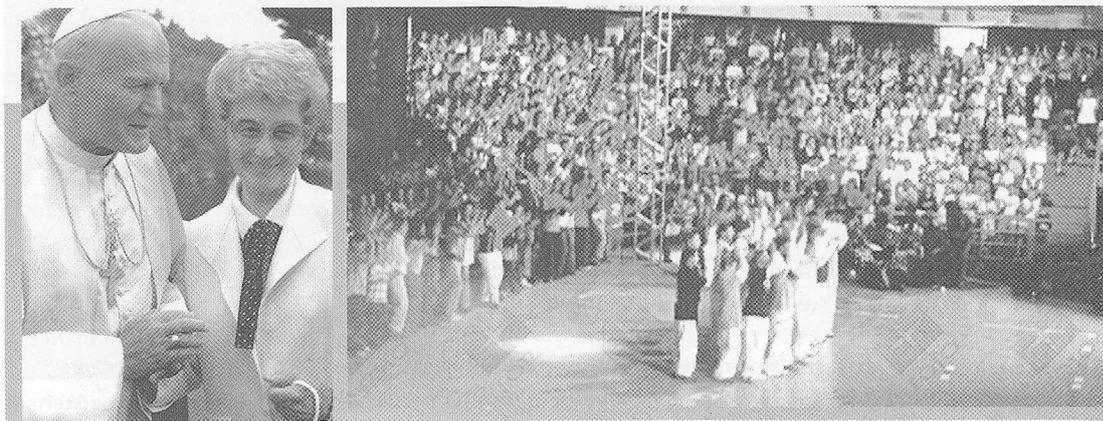
nes y familias de varias naciones; y la revista y editorial *Ciudad nueva* (www.ciudadnueva.org.ar). Además, desde hace años, los jóvenes del Movimiento en la Argentina llevan adelante iniciativas en el trabajo social.

A la muerte de Chiara -ocurrida en 2008-, se realizaron funciones religiosas y homenajes en diversos lugares del planeta. En Buenos Aires se celebró una misa en la catedral metropolitana, presidida por el entonces cardenal Jorge Mario Bergoglio, y donde dieron su testimonio de amistad y de aprecio personalidades del mundo político, interreligioso y cultural. Entre otros, la rabina Silvina Chemen y la presidente de las Abuelas de Plaza de Mayo, Estela de Carlotto.

A modo de balance

Para entender este fenómeno, con sus aspectos positivos y también con sus inevitables limitaciones, hay que pensar en las grandes espiritualidades que a lo largo de la historia enriquecieron la vida cristiana. Así como el carisma benedictino estableció la gran regla monástica y la refundación de Europa, o los franciscanos realizaron una de las más grandes renovaciones del cristianismo, y los jesuitas le dieron una impronta a toda la Iglesia, también en tiempos más recientes hubo grandes aportes espirituales, sociales y culturales: desde Teilhard de Chardin a los hermanos y las hermanas de Foucauld, desde los grandes misioneros hasta los mártires de la justicia social, desde los diferentes movimientos laicos a las grandes manifestaciones juveniles y de piedad popular o a la Madre Teresa de Calcuta.

El Concilio Vaticano II es impensable sin la preparación de fermentos que desde los más diferentes lugares prepararon ese gran cambio que proponía volver a las fuentes de la Iglesia. Y sería infecundo el porvenir de ese gran acontecimiento del Espíritu si no hubiera hoy comunidades e iniciativas que avanzan con entrega y heroicidad en la vida cotidiana. También el Movimiento de los focolares afronta problemas culturales y de inserción en los distintos medios que no resultan fáciles y a veces, no acierta a encontrar las respuestas mejores ni las estrategias adecuadas. Pero el gran horizonte es el de construir junto con las demás personas de buena voluntad una sociedad más humana, más cercana a las aspiraciones genuinas del Evangelio. En síntesis, ser levadura en la masa. ■



Encuentros
De Chiara Lubich con Juan Pablo. De los jóvenes focolares con la fe.